

REICHENAU.

Pasé el resto del día ocupado en desollar nuestras gamuzas con cuyas pieles contaba hacerme una alfombra para mi alcoba. Prometiome Lehmann enviármelas á Ginebra con la primera proporción, y yo le dí las señas de la fonda de la Balanza, donde contaba recogerlas á mi regreso de Schaffausen y de Neufchatel.

Al amanecer del día siguiente me puse en camino, acompañado del guía que habíamos tomado la víspera en Glaris; Lehmann me acompañó hasta Schwauden, y allí entramos en casa de un amigo suyo á quien había avisado de antemano y en donde hallamos ya listo el almuerzo. Esta sorpresa tuvo por resultado una parada en el camino de tres horas, de modo que por muy diligentes que en el resto de la jornada anduvimos, nos vimos obligados á hacer noche en Rutti en vez de llegar hasta An, como habíamos contado hacerlo.

Al salir de la aldea del Linthal, el camino deja de ser de ruedas, y es un sendero, que serpenteando á través de risueñas praderas, tiene á la derecha la cascada de Fitschbach, se encarama por una cuesta muy pina en los costados del Schren, y despues de una subida de media hora, conduce al Pantenbrücke. Ningun recuerdo histórico va unido á este

puente, cuyo único mérito es su pintoresca situación; echado de una montaña á otra y extendiéndose sobre un barranco profundo domina estrecho y sin parapeto, á la altura de doscientos piés el torrente de Lininth, que hierve y espumea en el fondo de su lecho sombrío y encajonado. El paisaje solitario y quebrado en medio de que se halla, aumenta todavía el efecto del terror que produce el abismo, y que se experimenta á pesar de uno en medio de aquella soledad y de aquel caos.

Atravesamos el Pantenbrücke, nos internamos en el Selbsanft y costeano siempre el riachuelo de Linnern que pasamos junto á su nacimiento, yo saltándolo, y Francesco y mi guía levantándose los pantalones, nos metimos entre las nieves que habían caído tres días antes. Felizmente nuestro guía había andado veinte veces aquel camino para pasar del Linthal á los Grisonos, de modo que, aunque había desaparecido enteramente todo camino trillado, nos dirigió con un increíble instinto de montañés por medio de las nieves, de las rocas y precipicios, hasta la cima de la montaña, desde donde divisamos todo el valle del Rhin. Tres horas despues nos hallábamos en Hanz, primera población que se encuentra sobre el Rhin; paramos en la fonda del Leon.

Al día siguiente salimos para Reichenau, á donde llegamos á las doce.

Esta pequeña aldea del canton de los Grisonos no tiene nada de notable, sino la extraña anécdota que va unida á su nombre. A fines del último siglo había el burgo-maestre Scharner de Coire establecido una escuela en Reichenau. Buscábase por todo el canton un profesor de francés, cuando se presen-

tó un jóven á Mr. Boul, director del establecimiento con una carta de recomendacion firmada por el bailío Luis Toost de Zitzerc. Era francés, hablaba como su materno idioma el inglés y el alemán, y podía enseñar además de estas tres lenguas, las matemáticas, la física y la geografía. El hallazgo era demasiado raro y maravilloso para que el director del colegio lo dejase escapar; además, el jóven era modesto en sus pretensiones. Mr. Boul lo ajustó en mil cuatrocientos francos al año, y el nuevo profesor comenzó á ejercer inmediatamente sus funciones.

Aquel jóven profesor era Luis Felipe de Orleans, duque de Chartres, despues rey de Francia.

Confieso que sentí una emocion mezclada de orgullo, al hacerme dar detalles sobre aquella singular vicisitud de una fortuna real, que no quiso mendigar el pan del destierro y lo habia comprado dignamente con su trabajo: en el mismo sitio, en aquel cuarto situado en medio del corredor, con su puerta de entrada de dos hojas, sus puertas laterales con flores pintadas, sus chimeneas colocadas en los ángulos, sus cuadros á lo Luis XV con marcos de arabescos de oro, y su techo artesonado. En 1832, época en que yo visitaba el colegio, existía un solo profesor, colega del duque de Orleans, y un solo estudiante, su discípulo; el profesor es el novelista Zschokke, y el estudiante el burgo-maestre Tschanner, hijo del mismo que habia fundado la escuela. En cuanto al digno bailío Luis Toost, murió en 1827, y ha sido enterrado en Zitzerc, lugar de su naturaleza.

Hoy ya no queda nada en Reichenau del colegio en que fué profesor un futuro rey de Francia, sino

el cuarto de estudio que hemos descrito, y la capilla contigua al corredor con su tribuna y su altar, sobre el que se ve un crucifijo pintado al fresco. El resto del edificio se ha convertido en una especie de *villa* ó quinta perteneciente al coronel Pestaluzzi, y este recuerdo tan honroso para todo francés, que merece ser colocado entre nuestros recuerdos nacionales, amenazaria de desaparecer con la generacion de ancianos que se extingue, si no conociésemos un hombre de corazon de artista, noble y grande, que esperamos no deje olvidar nada de lo que es honroso para él y para la Francia.

Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que despues de haber sido nuestro camarada de colegio sereis tambien nuestro rey (1); vos que desde el trono á donde subireis un día, tocareis con una mano á la vieja monarquía, y con otra á la jóven república: vos que heredareis las galerías que contienen las batallas de Teillebourg y de Fleurus, de Bobines y de Aboukir, de Azincourt y de Marengo; vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clodoveo; vos que sabeis muy bien que todas las glorias de un país son glorias, cualquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las haya hecho florecer; vos, en fin, que con vuestra diadema real podreis ligar dos mil años de recuerdos y

(1) Dumas ha sido mal profeta. Fernando de Orleans pereció lastimosamente en 1842 de una caída de su carruaje habiéndose desbocado los caballos en Neully. Luis Felipe cayó del trono en 1848; la revolucion le arrojó con toda su familia de Francia, y despues de dos años de una república efimera, en 1852 se restableció el imperio y ocupó el trono la dinastía de Napoleon.

formar con ello las fasces consulares de los lictores que marcharán delante de vos.

¡Cuán hermoso os será entonces, monseñor, recordaros ese pequeño puerto aislado, donde vuestro padre pasajero, combatido por el mar del destierro, marinero arrojado por el viento de la proscripción, encontró un tan noble abrigo contra la tempestad! Grande será en vos, monseñor, el mandar que se levante otra vez para la hospitalidad ese techo hospitalario, y sobre el mismo sitio en que se desmorona el antiguo edificio, se levante otro nuevo destinado á recibir á todo hijo de proscripción que llegue con el báculo del destierro en la mano á llamar á sus puertas cual vuestro padre, y esto, cualesquiera que sean su opinion y su patria, ora sea amenazado por la cólera de los pueblos, ora perseguido por el odio de los reyes.

Porque, monseñor, el porvenir sereno y azulado para la Francia que ha completado su obra revolucionaria, está preñado de tempestades para el mundo; hemos sembrado tantas libertades en nuestras expediciones por Europa, que por todas partes brotarán de la tierra como las espigas en el mes de mayo, tanto que no se necesita mas que un rayo de nuestro sol para madurar las mieses mas lejanas; tornad los ojos, monseñor, sobre lo pasado y fijadlos despues sobre lo presente. ¿Habeis sentido jamás mas sacudimientos en los tronos y encontrado por los caminos reales tantos viajeros destronados? Bien veis, monseñor, que llegará un día en que necesitareis fundar un asilo aunque no sea mas que para los hijos de los reyes, cuyos padres no puedan como el vuestro, ser profesores en Reichenau. ◀

PAULINA.

La misma noche fuí á dormir á Coire, y al dia siguiente, gracias á un carruaje que me proporcioné con gran trabajo en la capital de los Grisones, llegué hácia las once de la mañana á Ragatz. No era esta pequeña aldea la que me llamaba, porque no hay en ella nada notable, sino es el Tamina, que á algunos pasos de la posada del Salvaje, sale furioso de la profunda garganta por la que rueda encajonado durante tres ó cuatro leguas, y va á arrojarse en el Rhin; eran los baños de Pfeffers, cuya situacion pintoresca atrae tantos curiosos, al menos como enfermos, la eficacia de sus aguas. Así marchamos inmediatamente para Valenz, á donde llegamos despues de una hora de subir por una cuesta pendiente, estrecha y llena de precipicios, y despues de haber caminado otra hora por medio de hermosas praderas. Una legua mas adelante parece que de repente falta la tierra, y á novecientos piés de profundidad en el fondo de una angosta quebradura, se descubre el techo cubierto de pizarras del establecimiento, que tiene el aspecto de un monasterio. Una pequeña senda abierta en lá montaña y enarenada elegantemente presenta un camino fácil para la bajada y que puede durar unos diez minutos.

Los propietarios de estos baños son los frailes de

un convento inmediato, sacan de ellos un producto de doce á quince mil francos. Como la estación estaba ya bastante adelantada, no había mas que cinco ó seis enfermos alemanes, y dos viajeros franceses. Viendo que el establecimiento participaba á la vez de fonda y hospicio, previne que comería y cenaría en él: me respondieron que dentro de una hora tendría mi cubierto en la mesa redonda ó en mi cuarto. Esperando por lo que me habían dicho que en el comedor encontraría dos compatriotas, encargué que me reservasen en él un puesto, y marché inmediatamente en busca de las curiosidades que me habían prometido ver.

Bajamos desde luego á un cuarto bajo destinado á servir de salón de los enfermos, que no solamente se curan con los baños, sino que también toman las aguas en bebida. Como aquella sala no se hallaba aun concluida, no ofrecía interiormente nada de curioso; pero abrieron la puerta, y cambió la cosa de aspecto. Aquella puerta daba sobre una especie de abismo en cuyo fondo corría el Tamina arrastrando en su carrera rocas que redondeaba frotándolas sobre su lecho de mármol negro. En frente, á cuarenta pasos casi, se abría el subterráneo que conduce á los manantiales termales que se hallan en la orilla opuesta: para llegar á aquellos manantiales se ha echado un puente de tablas bastante mal sujetas sobre las puntas de las rocas, el cual costeaando primero la orilla izquierda del río, forma un recodo á los doce ó quince pasos, se extiende luego atravesando el precipicio, va á buscar un apoyo en la orilla derecha y presenta su superficie estrecha y resbaladiza á los que quieren internarse como Eneas en aquella especie de antro Cumeo.

Además aquel puente no tenía mas parapeto que los mismos conductos por los cuales llega el agua.

Mucho me miré antes de aventurarme en aquel tremendo y suspendido camino, cuando el mozo de los baños viendo mi temor, me dijo que no hacía diez minutos que una señora acababa de pasarlo sin la menor vacilación. Compréndese que desde entonces ya no podía retirarme honrosamente; de modo que agarrándome á la tabla lo mismo que se agarra del palo el que se ahoga, me afiancé tan bien con los piés y las manos, que llegué sin novedad alguna al otro lado del Tamina.

Continuamos entonces siguiendo aquel peligroso camino y nos internamos por aquella infernal garganta, oyendo rugir bajo nuestros piés el torrente que no nos atrevíamos á mirar de miedo de algun vértigo. Era entonces la una de la tarde, de modo que cayendo los rayos del sol perpendicularmente sobre Pfeffers, penetraban á través de los barrancos de dos montañas que uniéndose en algun cataclismo formaron la bóveda de aquel extraño corredor, é iluminado en ciertos parajes, dejaban visible la profunda oscuridad del resto del camino. De pronto mi guía me hizo notar dos sombras, que parecidas á Orfeo y á Euridice, asemejaban subir del infierno. Dirigianse hácia nosotros desde el fondo de la caverna, y cada vez que pasaban por debajo de aquellas troneras ó respiraderos se reflejaba en ellas una luz pálida, que nada tenía de viviente. Nos paramos para contemplar aquel episodio del poema del Dante, porque nada impedía que creyésemos fuesen Paolo y Francisca, que conjurados en nombre del amor, acudian como dice el poeta, con seguro y repetido vuelo semejante al de las palomas que se dejan caer.

A medida que iban viniendo hácia mí, ora entrando en la oscuridad, ó volviendo á salir á la claridad, tomaban diferentes y mas fantásticos aspectos. Se aproximaron al fin, y como el eco de sus pisadas se perdía en el estrépito del Tamina, hubiérase dicho que sus piés no tocaban al suelo. A algunos pasos de nosotros se detuvieron, y como cada uno de nuestros dos grupos se hallaba debajo de un rayo de luz, reconocí á Alfredo de N., el jóven pintor que habia intentado alcanzar en Flúden, y que se me habia escapado lanzando él mismo al lago su barco. Apoyábase en su brazo su misteriosa compañera, que al verme y reconociéndome sin duda, se detuvo vacilando en continuar su camino; sin embargo, no habia medio posible de evitar nuestro encuentro. Nos hallábamos en un pasaje mas estrecho y mas peligroso todavía que el de Layo y Edipo, y todo lo que podíamos hacer, era no disputar la frívola ventaja de los vanos honores del paso. En su consecuencia nos arrimamos contra la pared, y veíase obligada la pareja de los viajeros á pasar por delante de nosotros. Entonces Paulina, pues se recordará bien que este era el nombre que la habia dado el conductor del carruaje de Lausana, se echó á la cara el velo verde de su sombrero, y cambiando de lado para tomar el borde del precipicio, se deslizó delante de nosotros con tanta rapidez cual si fuese una fantasma; pero no tan rápidamente que no pudiese ver todavía su rostro gracioso, pero pálido y casi moribundo. Creí reconocerla, y me estremecí, porque era evidente que aquella mujer herida en los gérmenes de la vida se hallaba atacada de una enfermedad orgánica que lentamente la conducía al sepulcro. En cuanto á Alfredo, al pasar de-

lante de mí, me cogió la mano, y me la apretó sin darme otras pruebas que aquella cierta y muda señal de reconocimiento y de amistad. Nada comprendía de todo aquel misterio, el que sin embargo pensé que debia aclararse un dia, y miré alejarse á mi amigo con su compañera, la que libre ya de terror y pareciendo pertenecer á otro mundo, caminaba, ó mas bien se deslizaba sin miedo por aquel camino tan peligroso aun para las gentes del país, que enfrente de nosotros habia una cruz que indicaba que un trabajador que pasaba cargado de piedras por el mismo sitio en que nos hallábamos se habia caído y hecho pedazos en su caída. Permanecemos así inmóviles por un rato, hasta que los perdimos de vista, y despues volvimos á tomar nuestro camino.

Continuaba este internándose por debajo de aquella bóveda, que en ciertos parajes tiene mas de seiscientos piés de elevacion. Despues de cerca de un cuarto de hora de camino en que se retrasa uno por las precauciones que es indispensable tomar, abrió mi guia una puerta y entramos en la cueva del manantial. Aunque el agua que brota no tenga mas que treinta y cinco á treinta y siete grados de calor, el vapor encerrado en aquel estrecho espacio hace insoportable y al mismo tiempo peligrosa aquella atmósfera, porque al abandonarla, se halla uno en otra helada. Cerramos con prontitud la puerta y volvimos á salir mas admirados, como suele suceder, del camino que habiamos hecho que del objeto á que nos habiamos dirigido.

No estando dispuesta todavía la comida me aprobeché de aquel respiro para abrir la llave de un baño, y á fin de no perder un minuto me tendí de-

bajo del chorro. La cosa es tanto mas cómoda, cuanto que el agua llegando á los baños, con el calor propio de estos, no tiene necesidad de mezclarse con otra.

Pasé mi tiempo en buscar en mi memoria en qué paseo, en qué teatro, ó en qué baile habia visto yo aquella mujer, que tanto temia dejarse conocer; pero sus facciones se perdian en un mar de recuerdos tan lejanos, que mis pesquisas fueron vanas. Me hallaba en lo mas profundo de mis reminiscencias, cuando vinieron á anunciarme que estaba pronta la comida. Como contaba hallarla en la mesa, y poder continuar en ella mis investigaciones, no me ocupaba ya mas de ello, y vistiéndome con toda la rapidez posible, seguí al portador de la noticia.

Entré en un inmenso comedor, donde habia una mesa de treinta ó cuarenta cubiertos, la que en aquel entonces solo estaba ocupada por una tercera parte de personas. Los convidados eran, segun he dicho anteriormente, cinco ó seis enfermos alemanes, y los dos padres que hacian los honores de la casa. Despues de haber saludado á todo el mundo, como exige la etiqueta, pregunté si tendria el placer de comer con dos compatriotas. Me contestaron que efectivamente habian antes manifestado la intencion de quedarse hasta la tarde en Pfeffers; pero que de repente habian cambiado de parecer, y acababan de marcharse en aquel instante, sin tomar otra cosa mas que una taza de caldo, que se habian hecho llevar á su cuarto. Decididamente era por mí únicamente la misantropía de nuestros viajeros.

Me consolé de ella hablando todo el tiempo de la comida con un jóven oficial suizo, que era el único de toda aquella digna sociedad que hablaba el fran-

cés. Desde luego me admiré de la pureza del lenguaje, pero al punto me reveló que aunque estaba al servicio de la confederacion, era compatriota mio, y que habia recibido su educacion militar en tiempo del emperador. Por su rostro alegre y su excelente apetito, habia creido durante una hora, que era un viajero como yo; pero me asombró muchísimo cuando al momento en que nos levantamos de la mesa vi acercarse á él dos criados, cogerlo por debajo de los sobacos, y llevarlo junto á la chimenea. Hallábase completamente paralítico de la pierna izquierda.

Cuando estuvo sentado se volvió hácia mi lado, y reparando que yo le habia seguido con ojos de asombro, sonrióse con melancolía.

— Aquí veis, me dijo, un pobre imposibilitado que viene á buscar en Pfeffers la salud que probablemente no volverá á recobrar.

— ¿Y qué es lo que teneis? le dije, tan jóven y tan vigoroso; ¿quizás un pistoletazo?... ¿un desafio?...

— Sí, un desafio con Dios, un pistoletazo disparado desde las nubes.

— ¡Calla! contesté. ¿Seriais el capitan Buchwalden?

— ¡Ay! sí....

— ¿Vos fuisteis herido por el rayo en el Sentis?

— Justamente.

— He oido hablar de esa terrible historia.

— Pues aquí teneis al héroe de ella.

— ¿Seriais tan bueno que quisiérais darme algunos detalles?

— Estoy á vuestra disposicion.

Me senté cerca del capitan Buchwalden, y encendió este su pipa, yo mi cigarro, y comenzó en estos términos:

UN RAYO.

Si en lugar de estar enterrados en esta hoyo, nos hallásemos en la cima de la mas pequeña colina, os enseñaria el Sentis: lo reconoceriais fácilmente además, porque es el mas alto de los tres picos que se levantan al Nordeste á algunas leguas detrás del lago de Wallenstadt. Su mayor altura es de siete mil setecientos piés sobre el nivel del mar: separa el canton de Saint-Gall del de Appenzell, y al Norte y al Este permanece eternamente cubierto de nieves y de ventisqueros.

Encargado por la república de hacer observaciones meteorológicas sobre las diferentes montañas de la Suiza, el 20 de junio último salí de Alt-Saint-Johann con diez hombres y mi criado, para ir á plantar mi tienda sobre el mas alto pico del Sentis. Aquellos diez hombres llevaban mis víveres, mi tienda, mi capote, mis mantas é instrumentos, de los que mi criado y yo nos habíamos reservado los mejores; mis guías, acostumbrados á pasar todos los dias la montaña para ir desde Saint-Gall á Appenzell, me habian asegurado al ponernos en camino, que no nos ofreceria dificultad alguna la ascension; caminábamos, pues, con toda confianza, cuando casi á una tercera parte del camino, descubrimos que las recientes nevadas, caídas algunos dias antes, cubrian enteramente los caminos trillados, de suerte que

era preciso ir hácia adelante á la ventura. Nos arriesgamos por aquellas solitarias y resbaladizas cuestras, y desde los primeros pasos que dimos, adivinamos los peligros y fatigas reservadas á nuestro viaje. En efecto, despues de una media hora de camino encontramos que la nieve se iba congelando mas y mas, y nos fué preciso romperla para continuar nuestro camino; este indispensable trabajo, no solamente consumia todo nuestro tiempo, sino que todavía nos exponia sin cesar mas y más; porque, ¿cómo se adivinan los torrentes y precipicios bajo de aquella desconocida alfombra sin vestigios, tendida sobre la montaña cual una mortaja? Sin embargo, Dios nos protegió: despues de siete horas de una cruel marcha alcanzamos la cima de la montaña. Mandé inmediatamente á mis hombres que encendiesen una gran hoguera, sacasen los víveres de las cestas, y reanimasen sus fuerzas. Comprenderéis que para obedecerme no se hicieron de rogar. En cuanto á mí, apenas tomé un vaso de vino: y desasosegado por el sitio en que podria establecer mi campamento, busqué un punto favorable para mis observaciones; no tardé en encontrarlo, señalé el centro con mi baston ferrado, y volví cerca de mis hombres, que habian concluido su comida. Volvimos juntos al lugar señalado; les hice quitar la nieve en una circunferencia de treinta y cinco á cuarenta piés, desplegué mi máquina, verifiqué mi instalacion, y tranquilo ya en cuanto á mi alojamiento, despedí á mis diez hombres que se volvieron á Alt-Saint-Johann, y me quedé solo con Pedro Gobat, mi criado; era un buen hombre, que hacer tres años me servia, y me era tan fiel y decidido, que podia contar con él en todo trance.

Hacia el anochecer vimos amontonarse en derredor nuestro una niebla tan espesa, fria y compacta, que limitaba nuestra vista á un radio de veinte y cinco á treinta piés. Duró dos dias y dos noches, ocasionándonos un malestar de que no os podeis formar ninguna idea; las nieblas de las montañas y del Océano son peores que la lluvia, porque la lluvia no puede penetrar la lona de la tienda, mientras que estas nieblas penetran por todas partes, os hielan hasta el corazon, y extienden sobre todos los objetos un vuelo triste y sombrío, de que muy pronto se cubre el alma.

Durante la tercera noche me levanté varias veces alarmado con la obstinacion de aquella niebla, para examinar el cielo; por fin, á las tres de la madrugada me pareció ver brillar algunas estrellas. Permanecí en pié para asegurarme: muy pronto un blanco resplandor apareció en el Oriente, una mano invisible describió las cortinas de vapores que me rodeaban, dilatose mi horizonte, y salió el sol sobre una cordillera de ventisqueros que parecían perderse entre sus rayos. El cielo permaneció así puro y despejado hasta las diez de la mañana, pero entonces empezaron las nubes á rodearme de nuevo. Me hallé sumergido todo el dia en aquel caos de espesa niebla. A la puesta del sol se disiparon de nuevo los vapores y tuve un instante de un magnifico crepúsculo, pero casi de repente se apoderó la noche del espacio, y me acosté aguardando para la mañana siguiente un dia mas hermoso y mas despejado.

Me equivocaba; este singular fenómeno se renovó todas las mañanas durante un mes; durante un mes tuve el valor de permanecer así, no teniendo más

que el sueño por refugio contra el fastidio, y por consuelo contra el aislamiento. Al fin, el 4 de julio cayó un diluvio, y el frio y el viento arreciaron á tal punto que Gobat y yo no pudimos dormir, y pasamos la noche en sujetar nuestra tienda con nuevas cuerdas arrolladas á las estacas que la sostenian. A las cuatro de la madrugada la montaña se rodeó de nieblas, que á pesar del viento permanecieron muy espesas á nuestro alrededor. De tiempo en tiempo, por la sombra que hacian al pasar, adivinamos que opacas nubes atravesaban sobre nuestras cabezas, pero juzgábamos por estas mismas sombras, que el cierzo las arrastraba con tal rapidez, que no tendrian sin duda tiempo de formar tempestad.

Mientras tanto se adelantaron del Este á su vez mas espesas masas, pero marchando con lentitud contra el viento empujadas por una corriente superior. Llegadas sobre el Sentis, pareció que se detenian: la lluvia atravesó nuestra niebla, y comenzó á oírse el trueno en lontananza. Pronto los silbidos del viento se mezclaron á los estallidos del rayo, y todo anunció una terrible batalla en que iban á tomar parte el cielo y la tierra. De repente la lluvia se convirtió en granizo, y este granizo cayó con tal abundancia, que á los diez minutos quedó cubierta toda la cima de la montaña con una capa de dos pulgadas de granizos gruesos como garbanzos. Reconocí todos los síntomas de una furiosa tempestad, y me refugié en mi tienda con mi criado; cerré cuidadosamente todas las aberturas para que el huracán no tuviese por donde atacarla. Hubo un momento de silencio profundo, y creyendo Gobat que habia pasado la tormenta quiso levantarse para ir á abrir la puerta; le detuve: conocí que aquella calma

no era mas que un momento de reposo ; la naturaleza fatigada respiraba un instante para volver á comenzar de nuevo la lucha. En efecto, á las ocho de la mañana retumbó otra vez el trueno, mas próximo y mas violento, haciéndose oír hasta las seis de la tarde, sin interrupcion. En este momento, cansado de la reclusion á la que la tempestad me habia condenado durante diez horas, salí para examinar el cielo ; me pareció un poco mas tranquilo ; entonces tomé una sonda de hierro y fui á algunos pasos de nuestra tienda á medir la profundidad de la nieve ; desde el primero de julio habia disminuido de tres piés, diez pulgadas. Apenas habia tomado esta medida, cuando estalló el rayo sobre mi cabeza ; arrojé lejos de mí el instrumento de hierro que me habia valido este nuevo rompimiento de hostilidades, y me refugié en mi tienda, donde hallé á Gobat arrodillado junto á la comida que habia preparado, pero aquel último trueno le habia quitado el apetito. Me preguntó mitad por señas y mitad verbalmente, si queria comer ; pero como yo no me hallaba sin inquietud, le respondí que no tenia hambre y me eché sobre una tabla que impedía algun poco la humedad y el frio de la tierra ; entonces Gobat se aproximó á mí, y se acostó á mi lado. En aquel momento quedamos de repente sumergidos en una oscuridad igual á la noche ; en aquel instante, una densa y negra nube como una humareda rodeaba el Sentis ; la lluvia y granizo cayeron á torrentes, zumbaba y silbaba el viento, cruzábanse mil rayos como los cohetes de los fuegos artificiales, y habia una claridad como en medio de un incendio. Queríamos hablarnos, pero no podíamos oírnos apenas, porque chocando unos con otros los estalli-

dos del rayo, repetian todos sus golpes en los costados de la montaña, que en medio de aquel horrible estruendo y de aquel caos infernal, parecia á veces estremecerse sobre su base. Entonces comprendí que nos hallábamos dentro del mismo círculo de la tormenta ; oíamosla rugir y arrojar llamas á nuestro alrededor ; y en fin, fué tal su violencia que asustado Gobat me preguntó si corríamos peligro de muerte. Traté de tranquilizarle diciéndole que lo mismo que nos sucedió habia sucedido á los señores Biot y Arago, durante sus observaciones en las montañas de los Pirineos : un rayo habia caído sobre su tienda, deslizándose empero por la tela, y alejándose sin tocarlos.

Apenas acababa esta relacion cuando estalló un trueno terrible ; me pareció que nuestra tienda se hacia pedazos : Gobat lanzó un grito de dolor ; al mismo tiempo vi correr desde la cabeza á sus piés un globo de fuego, y yo mismo me sentí herido en la pierna izquierda por una conmocion eléctrica ; me volví hácia mi compañero, é iluminado por la luz de los relámpagos que penetraba á través del rasgon de la lona, ví todo su cuerpo surcado por el rayo. El lado izquierdó del rostro le tenia marcado con manchas negras y rojizas, quemadas sus pestañas, cejas y cabellos ; los labios de un color azul amoratado. Por algunos instantes se levantaba todavia su pecho, soplando como el fuelle de una fragua, pero pronto se aplastó, se apagó su respiracion, y sentí todo el horror de mi posicion. Yo mismo sufría horribilmente, conocia demasiado los efectos del rayo para no comprender que me hallaba cruelmente herido de él ; pero sin embargo lo olvidé todo para tratar de socorrer al hombre que

veía morir, y que mas bien era mi amigo que mi criado. Le llamé y le meneé, no me respondía, y sin embargo su ojo derecho estaba abierto, brillante, lleno de inteligencia todavía; se hallaba vuelto hácia mí, y parecía implorar mi auxilio. El izquierdo se hallaba cerrado, levanté su párpado y estaba pálido y empañado; entonces creí que la vida se había refugiado á la parte derecha, y conservé algunos instantes esta esperanza, porque traté de cerrar aquel ojo abierto que me miraba siempre, pero volvía á abrirse otra vez mas ardiente y animado: tres veces renové esta experiencia, tres veces la misma mirada rechazó el párpado. Tenía gran terror, me parecía que había algo de infernal en lo que me pasaba: le puse entonces la mano sobre el corazón, no palpitaba ya; le pinché en los labios, en varias partes de su cuerpo con la punta de un compás, pero no salió sangre: Gobat permaneció inmóvil. Era la muerte, la muerte la que yo veía y en la que no podía creer, porque aquel ojo siempre abierto protestaba contra ella y la daba un mentís. No pude soportar mas tiempo aquella vista, le eché un pañuelo sobre el rostro, y atendí á mis propios dolores. Tenía paralizada mi pierna izquierda, y sentía en ella un estremecimiento de músculos, un hervor de sangre extraordinario: la circulación se detenía y se agolpaba hácia mi corazón que palpitaba de un modo atroz: apoderóse de mí un temblor general y desordenado y me acosté creyendo que me iba á morir.

Al cabo de algunos instantes aumentó su violencia la tempestad, y fué tal el impetu del viento que se llevó como hojas secas las piedras que sujetaban mi tienda, y por consiguiente levantó la tela. Pensé

rápidamente en la situación en que me encontraría, si era arrastrado al precipicio aquel último y único abrigo; esta idea me devolvió mis fuerzas sobre-humanas: cogí una de las cuerdas que la sujetaban á las piedras que el viento se había llevado, y me arrojé al suelo, manteniéndola agarrada con mis dos manos; pero sintiendo faltarme las fuerzas me la arrollé á la pierna derecha, y apretando el cuerpo contra la tierra, esperé así tres cuartos de hora casi á que el huracan se aplacase: durante todo este tiempo á pesar mio, tuve clavados los ojos en Gobat, á quien á cada momento esperaba ver moverse; pero salió fallida mi esperanza: estaba muerto.

Lo que en mí pasó durante aquellos tres cuartos de hora, ya veis, yo no puedo decíroslo. Únicamente podrán tener idea de ello, el naufrago que se ahoga, el viajero asesinado en un rincón de un bosque, el hombre que siente que la lava mina la roca sobre la cual ha buscado un refugio. Sentía mi pierna paralizada de tal modo que apenas podía moverla, estaba encadenado en mi puesto, condenado á morir lentamente, cerca del criado muerto, y la única probabilidad de socorro y de salvación que tenía, era que un pastor extraviado por la montaña se aproximase á mi tienda, ó que algun viajero curioso subiese á la cima del Sentis y me encontrase medio muerto; pero estas probabilidades eran muy desesperadas, porque despues de treinta y dos días que había fijado mi morada sobre aquel pico, no había divisado mas que gamuzas y buitres.

Mientras mi errante pensamiento corría tras de cualquier esperanza de salvación, un agudo dolor hizo estremecer mi pierna paralizada: parecíame que me clavaban dentro de las venas agujas de

acero, era la sangre que hacia naturales esfuerzos para volver á su circulacion interrumpida, y que penetrando en los vasos iba á reanimar la sensibilidad entumecida de los músculos y de los nervios. A medida que la sangre iba ganando el terreno perdido, disminuía la opresion, las palpitations de mi corazon volvian á tomar alguna forma y alguna razon, y á cada dolor recobraba nuevas fuerzas : al cabo de un cuarto de hora, casi conseguí doblar la rodilla y mover el pié; pero cada probatura de esta clase me arrancaba un grito; sin embargo, desde aquel momento tomé mi resolucion, aguardé veinte minutos todavía para tomar mas fuerzas, desaté la cuerda que ataba mi pierna derecha á la tienda, y cuando creí poder tenerme en pié me levanté.

El primer instante fué de aturdimiento y de debilidad, pero al fin me repuse : me despojé de mi capoton de pieles y mis botines de cuero : me puse unas botas, y auxiliado de mi baston de montaña me arrastré fuera de la tienda. Cargué esta de nuevas piedras para asegurar lo mejor posible el abrigo en que iba á dejar á mi pobre compañero, esperando siempre que no estaria muerto, sino solamente aletargado, le arropé con mis abrigos para preservarle de la lluvia y del frio : luego atándome á la espalda la bolsa que contenia mis papeles, y pasándome el termómetro por bandolera, me puse en camino procurando orientarme en medio de aquel caos; pero era cosa imposible. Me encomendé á la misericordia del Señor, y en medio de una lluvia espantosa, rodeado de una niebla que no me permitia distinguir los objetos mas próximos, no haciendo un movimiento que no me costase un dolor, ni dando un paso que no fuese en vago, me

aventuré á bajar con la ayuda de un baston ferrado, el escarpado y desnudo pico, sin saber hácia qué punto me dirigia, ni si me hallaba á la línea de las quintas de Gemlut.

En efecto al cabo de unos diez minutos, hallé en medio de peñascos y precipicios, por todas partes abismos que adivinaba mas bien que veía. Sin embargo, continué siempre andando, me arrastré de roca en roca, me dejaba resbalar cuando la pendiente era demasiado rápida para ofrecermé un punto de apoyo; cada paso me metia en un laberinto cuya profundidad y salida no conocia, en fin, chorreando agua y sosteniéndome apenas, me hallé sobre una explanada formada por dos rocas, la una sobre mi cabeza, la otra bajo mis piés, todo al rededor el vacío.

Entonces estuve á punto de que me abandonase el valor como ya lo habian hecho las fuerzas. Estremeciése todo mi cuerpo, mi sangre se heló; sin embargo, exploré atentamente la especie de pasadizo en que me veía encerrado, me adelanto hácia sus orillas, me agarro á las hendiduras de una roca, me suspendo sobre el abismo, y busco ansioso con la vista un paso : á alguna distancia descubro alguna abertura vertical y sombría, una boca de caverna de tres piés de ancho casi, que baja no sé á dónde, acaso á un precipicio : pero nada importa, estoy tan agobiado, tan dolorido, tan indiferente ya á todo, y tal vez tan deseoso de una muerte pronta, que conozco que si me hallara junto á aquella abertura, cerraria los ojos y me dejaria resbalar; pero está á veinte y cinco ó treinta piés distante de mí, y para llegar hasta ella, es preciso que vuelva á trepar los peñascos que con tanto trabajo he bajado.

Hago el último esfuerzo, reuno todo mi valor, me arrastro, ando á gatas, y sin aliento, cubierto de sudor, llego al fin á la abertura, y sin mirar á dónde conduce me siento en el declive, y sin otra oracion que estas palabras : « ¡Dios mio, tened piedad de mí ! » cierro los ojos, y me dejo resbalar.

Bajo así por algunos segundos : de repente se deja sentir una impresion helada, y al mismo tiempo se detienen mis piés en un cuerpo sólido; abro los ojos : me hallo en el fondo de un barranco lleno de agua y formado por la aproximacion de dos paredes; nada distingo, estoy en una caverna á donde vienen á repelirse el mugido del viento y el estruendo del trueno. En medio de todos aquellos confusos ruidos, sin embargo, distingo el de una cascada que cae y vuelve á saltar. Pues que ella baja, hay un paso, y si hay un paso lo encontraré, y bajaré lo mismo que ella, aunque tuviese que saltar como el agua y estrellarme de roca en roca ; mi último recurso es el lecho del torrente. Tan pronto sobre las manos como sobre los piés, sentado, de rodillas, arrastrando, agarrándome á las piedras, á las raíces, al musgo, bajo doscientos ó trescientos pasos, despues me abandonan las fuerzas, mis brazos se quedan tiesos, mi pierna paralítica me pesa, conozco que voy á desmayarme, y convencido de que he hecho cuanto puede hacer un hombre para disputar su existencia á la muerte, lanzo un último grito de despedida al mundo y me dejo caer.

No sé cuántos minutos fui rodando como un peñasco desprendido de su base, porque casi inmediatamente perdí el conocimiento, con él el sentimiento del tiempo y el dolor.

Cuando volví en mí, me hallaba tendido á la ori-

lla del torrente. Experimenté una indefinible sensacion de malestar. Sin embargo, me puse de pié. Durante mi desmayo una bocanada de viento habia disipado la niebla que rodeaba la montaña, y mirando debajo de mí divisé á unos veinte pasos casi la extremidad de los peñascos, y mas allá una cuesta suave y cubierta de nieve. A aquel aspecto, que no podia creer, mi corazon recobra la vida, mis miembros su calor, mi sangre circula, me adelanto hasta el borde del peñasco, domino perpendicularmente aquella bienhadada cuesta, á doce ó quince piés casi : en cualquiera otra circunstancia de mi vida, y antes de que el rayo me hubiese quitado la facultad de un miembro, no hubiese dado mas que un salto, la nieve era un lecho extendido allí para recibirme ; pero en aquel momento no podia determinar á dar aquel salto sin arriesgarme al mismo tiempo á hacerme pedazos. Miraba, pues, á todas partes, y á alguna distancia descubrí un sitio menos escarpado, me agarré á las desigualdades de la piedra, hice el último esfuerzo, y toqué al fin aquella nieve que era para mí lo que la tierra firme es para el náufrago.

Fueron mis primeros instantes todos para el reposo, todos para la felicidad de vivir todavía, por estropeado y dolorido que me hallase, y despues de aquel rato de descanso, y haber dado gracias á Dios, me puse á buscar una piedra cuadrada que me sirviese de trineo. No tardé en hallarla, me senté encima, y dándola yo mismo el empuje, me dejé resbalar por la cuesta, sirviéndome de mi baston ferrado para dirigir mi carrera, que terminó en el sitio donde terminaba la nieve : de este modo anduve tres cuartos de legua en menos de diez minutos.

Llegado á los matorrales, me levanté, anduve algun tiempo á través de barrancos y de rocas, y de cuevas áridas ó cubiertas de musgo. Despues, en fin, reconocí el sendero que habíamos seguido un mes antes, lo tomé, y hácia las dos de la tarde llegué á las casas de campo de Gemplut.

Entré en la primera choza, hallé dos hombres que reconocieron en mí al jóven oficial que habia pasado por allí mismo para ir á hacer experimentos en la montaña. Les conté la desgracia que nos habia sucedido, y á pesar de la tormenta que continuaba tronando, conseguí de ellos que partiesen al instante para llevar socorros á Gobat. Delante de mí se pusieron en camino, y cuando los hube perdido de vista bajé por mi lado hácia Alt-Saint-Johann, á donde llegué casi moribundo á las tres. Al mirarme delante de un espejo me asusté, tenia los ojos extraviados, y su esclerótica amarilla; el pelo, las cejas y las pestañas se habian quemado; tenia los labios negros como el carbon: además de esto, sentia un horroroso dolor en la cadera izquierda, llevé á ella mi mano, y me quité el pantalon; me habia tocado allí el fuego eléctrico, dejando como señal de su tránsito, una ancha y profunda quemadura.

Me acosté creyendo que podria dormir, pero apenas habia cerrado los ojos, se apoderaron de mi imaginacion ensueños mas aterradores todavia que la misma realidad: volví á abrirlos, pero la realidad sucedia á los ensueños, creí que me volvia loco: tenia fiebre y un delirio espantoso.

A las diez volvió el mensajero que habia enviado al llegar á las casas de campo á Gemplut; nuestros dos hombres se hallaban de vuelta, habian encontrado á Gobat; estaba muerto; por consiguiente

habian vuelto los dos para buscar refuerzo á fin de traerse mi tienda, mis instrumentos y mis efectos. Al dia siguiente 6 de julio, á las dos de la mañana, marcharon en número de doce de Alt-Saint-Johann, á donde estaban de vuelta á las tres, trayendo el cuerpo de mi pobre criado. El médico que se habia llamado para mí hizo la inspeccion y la autopsia del cuerpo. Certificó que el cadáver tenia quemado el pelo, las cejas y la barba; que las narices y los labios tenian un rojo negruzco; que el costado izquierdo, y sobre todo la parte superior del muslo, estaba toda llena de equimosis profundas; que la piel de la extremidad superior estaba quemada, dura y encogida como un cuero, en una circunferencia de cuatro pulgadas; que las facciones del rostro no estaban alteradas, y conservaban mas bien la apariencia del sueño, que el aspecto de la muerte. En cuanto á la autopsia, mostró el corazon ingurgitado, sangre negra, así como los pulmones, que sin embargo se hallaban flexibles y sanos.

Mi estado por entonces no era mucho mejor: ocho dias enteros fluctué entre la vida y la muerte; al fin se declaró alguna mejoría, pero estaba completamente paralítico de la pierna izquierda. En cuanto me hallé en estado de ser movido, me hice conducir aquí, en donde veis que la influencia de las aguas ha producido su efecto, pues en desquite sin duda del uso paralizado en mi pierna me ha devuelto el del estómago.